

Volver a la metafísica

Lizbeth Sagols

Crescenciano Grave, *El pensar trágico. Un ensayo sobre Nietzsche*. México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1998, 132 pp.

Hablar de metafísica en Nietzsche es poco frecuente en nuestro tiempo. Las lecturas contemporáneas sobre el autor de la *Genealogía de la moral* enfatizan la presencia del devenir, la pluralidad, la apariencia, la representación, la fábula y libre interpretación. Pareciera que Nietzsche hubiera dejado en el olvido el ser, el todo, el Uno primordial y la verdad. Heidegger nos dice que al pensar Nietzsche lo real como voluntad de poder, como querer, se concentra en el sujeto, en la valoración e interpretación que hace éste de lo real, y por tanto, deja de lado el ser.

Pero al apreciar el ser como valor, se le ha rebajado ya a condición puesta por la voluntad de poder misma. Ya el ser mismo, al ser apreciado y valorado de esta suerte, ha perdido la dignidad de su esencia. Si el ser de lo existente ha sido calificado como valor y con ello se ha puesto una marca a su esencia, dentro de esa metafísica, esto es, dentro de la verdad de lo existente como tal, durante esta época, se ha cerrado todo camino que lleve a experimentar el ser mismo.¹

Para Heidegger la supuesta metafísica nietzscheana está regida por el sujeto (igual que la cartesiana y la leibniziana). Y para la mayoría de los pensadores posmodernos, confiados en el puro devenir, la gran aportación de Nietzsche consiste en ver todo desde un perspectivismo subjetivista y relativista: cada quien tiene su propia verdad o, cabe decir, cada quien ha de proponer la mentira que más convenga a sus intereses, sus estados anímicos, su posición de poder y, en el mejor de los casos, de acuerdo con su capacidad creativa.

Por ello resulta excepcional una lectura metafísica de Nietzsche como la que nos propone Crescenciano Grave en *El pensar trágico*. Según él, Nietzsche es en gran parte cercano al romanticismo y esta cercanía le permite pensar

¹ Martin Heidegger, "La frase de Nietzsche Dios ha muerto" en *Sendas perdidas*. Buenos Aires, Losada, 1979.

tanto el devenir y la pluralidad como el ser, la unidad de lo real y la verdad. La originalidad de este filósofo está, de acuerdo con lo anterior, en penetrar en la relación del hombre con la naturaleza; él parece comprender mejor que nadie que las propiedades “naturales” y las propiedades “humanas” son inseparables. Pero esta comprensión sólo es posible –según la interpretación de Grave– a partir de una nueva experiencia del pensar que rompe con la idea del filósofo moderno y retoma en gran medida el pensar de los griegos presocráticos: filósofos y poetas trágicos, así como de algunos otros filósofos, músicos y literatos como Kant, Schopenhauer, *Bohème*, Bach, Leopardi, Beethoven y, en especial, Wagner.

Encontramos en el libro de Crescenciano Grave una generosa y lúcida presentación de esta nueva experiencia del pensar, trágica en su esencia misma, y por ello aportadora de un modelo que va más allá del cientificismo y el conocimiento racional. Lo trágico es comprendido como el límite del conocimiento que, en la misma medida en que se nos impone, despierta en nosotros el afán de trascenderlo –aun a sabiendas de que es irrebাসable– y nos reconcilia con él gracias al movimiento del que dota al pensar.

Kant y Schopenhauer enseñaron a Nietzsche que el conocimiento racional tiene límites y que por tanto, el pensar ha de servirse también de la intuición, la imagen, los símbolos, la poesía, así como de la entrega pasional y desbordada a aquello que se pretende conocer. De este modo, el pensar muestra su carácter de búsqueda inconclusa, siempre abierta y demandante de la participación del sujeto en tanto individuo identificado con el todo, en tanto individualidad que trasciende el nivel del yo para vivirse y pensarse como un *sí mismo*, como un encuentro de fuerzas cósmicas que lo hacen ser el que es en la medida en que dice sí al todo de la existencia, a la vida, a la naturaleza. El pensar es cumplimiento del sujeto y de la totalidad: en sí misma y en el propio sujeto.

El trasfondo del pensamiento trágico es la unión entre hombre y naturaleza, la cual nos confronta permanentemente con el enigma, con lo irracional y con la exigencia de atender al todo de nuestras fuerzas trascendiendo la mera razón. Más aún, esta unión nos hace patente que el pensar tiene –como afirma el propio Grave– una triple dimensión: *physis*, *logos* y *poiesis*, reside tanto en la naturaleza externa y corporal (inconsciente del hombre) como en la razón y en la creación artística, ya sea poética, musical, escultórica, pictórica, dramática, etcétera. El pensar está en el todo de lo real y exige ser recreado permanentemente.

Y es que el objeto del pensar es él mismo puesto en el todo: exterior e interior al hombre, cosmos y deseo –cabe decir–, sujeto y objeto, y, a la vez, el pensamiento posee tanto la dimensión del ser, lo eterno y exterior al sujeto, como la del devenir, el tiempo cambiante y finito que exige una renova-

ción creativa y perpetua. “El pensar —afirma Crescenciano Grave— nos hace presentes: nos presentamos en el mundo y el mundo se presenta en nosotros” (p. 11). Y más adelante nos dice “La vida del pensamiento es una actividad artística, cognoscitiva y metafísica” (p. 24).

La metafísica nietzscheana es, desde luego, immanente y su complejidad reside en que al mismo tiempo que une sujeto y objeto mantiene las diferencias entre ellos. “Todo ser habla al hombre en forma de hombre” —leemos en *Así habló Zaratustra*—, pero a la vez, ella nos ofrece un pensar sobre el cosmos, la naturaleza, “el gran año y la casa del ser”. Ninguna de estas expresiones debe remitirnos a un pensamiento entitativo; no aluden a cosas y espacios precisos sino a dimensiones de la existencia que cambian incesantemente y exigen ser recreadas por nosotros en el arte, la filosofía, incluso en la ciencia y, por supuesto, en la experiencia de nosotros mismos.

El mérito de *El pensar trágico* reside, así, en asumir el reto de presentar esta metafísica en el *juego* del pensamiento o si se quiere, en recrearla en una interpretación tan personal como fiel a la profundidad del filosofar nietzscheano. En realidad, parece que la inquietud que recorre el libro no es tanto saber cómo pensó Nietzsche sino más bien, cómo hemos de filosofar después de él, es decir, ¿cuál es el destino del pensador después de la cima conquistada por uno de los críticos más certeros de la modernidad? *El pensar trágico* asume la crítica al saber meramente racional y la parcialización del hombre que él implica. Así, intenta recuperar el modelo griego del filosofar centrado en la exploración, en la satisfacción del buscar antes que en el atesorar hallazgos, en el “hacer experiencia” de las verdades antes que en la racionalización de las mismas.

El discurrir de Crescenciano Grave transita, a partir del análisis detenido de *El nacimiento de la tragedia* y de *La filosofía en la época trágica de los griegos*, por una serie de relaciones y diferencias entre arte, metafísica y vida; entre Apolo y Dioniso (voluntad e inconciencia, individualidad y todo desbordante, intuición y razón, belleza y verdad, luz y abismo, devenir y ser, a fin de cuentas); entre la naturaleza, el pensar trágico y la ciencia racionalista; entre naturaleza y cultura, entre la dialéctica y el pensar intuitivo e imaginativo, entre la soledad del pensador y su unión con el cosmos. Los contrarios se unen sin llegar a identificarse, el juego del pensamiento reside precisamente en mostrar su proximidad y a la vez la separación que condiciona su atracción mutua.

Resultaría inútil e impropio repetir o resumir el devenir lúdico de *El pensar trágico*. Es preciso, como en todo juego, ser copartícipe para entenderlo. Y aunque es posible plantear cuestionamientos al autor, por ejemplo, sobre la idea de la dialéctica, sobre la falta de una visión ética en los temas tratados, o sobre el diálogo con otros comentaristas, me parece más justo decir que en

este texto encontramos a Nietzsche precisamente porque se hace presente en la palabra de otro pensador que lo diversifica y le es fiel siguiendo sus preocupaciones individuales sin temer a los abismos. A mi modo de ver, la preocupación que da originalidad y valor al libro de Crescenciano Grave es, a pesar de Heidegger, e incluso del mismo Nietzsche (quien parece abdicar de tal afán es sus obras posteriores)² precisamente la que versa sobre la posibilidad de la metafísica. En el fondo, a través de la síntesis entre *physis*, *logos* y *poiesis*, el autor nos invita a preguntarnos si podemos hoy en día prescindir de la relación con el ser, con lo *otro* de la subjetividad, la naturaleza, el todo. Y al mismo tiempo nos invita a pensar si lo *otro* puede acaso pensarse con independencia del hombre: su razón y su pasión. Dicho de otro modo, *El pensar trágico* nos invita a repensar la interacción de meras interpretaciones, apariencias, representaciones, espejos reflejados en otros espejos, en que parece moverse la subjetividad totalizante del hombre contemporáneo.

² Vid. principalmente: *Sobre la verdad y la mentira en sentido extramoral*; *Humano demasiado humano*; *La gaya ciencia*, y *Aurora*.